

El autorretrato en los Machado

La evocación conjunta de Manuel y Antonio Machado se nos aparece, en primer término, como una realidad fraterna y contemporánea. Una misma atmósfera familiar, presidida por la presencia ejemplar del folklorista Machado y Álvarez; una misma ordenación de los estudios, a la sombra de la Institución Libre de Enseñanza; una pareja estancia breve en París; un paralelo esfuerzo para integrarse a los escalafones del Estado, y un idéntico movimiento de incorporación a la tierra nutricia.

Todos estos juegos de paralelismo adquieren singular significación en el campo de la estética, desde la comunidad de la lección paterna a la aceptación de los magisterios del momento: Unamuno, Rubén Darío, polarizados en las tendencias proverbiales del Noventa y Ocho y del Modernismo.

Me importa decir enseguida, aunque sea por enésima vez, que mi conocida actitud discriminatoria de estas dos fuerzas no es óbice para que en esta aparición coincidente se produzcan, como es lógico y esperable, formas de contagio muy matizados entre una y otra actitud. Para analizarlas una vez más, en cuanto a unidad y en cuanto a disidencia, propongo a la Academia el enfoque comparativo y diferenciado de los poemas que, tanto Manuel como Antonio, escriben bajo el título o con la intención de "autorretrato", que separeo deliberadamente de otros textos que contienen, en tanto que líricos, la imagen interior de cada uno de

los dos poetas. Empezaremos por Manuel, el mayor de los hermanos.

El primer texto aducible es de 1894, como parte de su primer libro, nunca reeditado, aparecido bajo el título de “Tristes y alegres”. El poema se titula “Inmoral”. Sus primeros versos dicen así:

Yo loco o delincuente,
o delincuente y loco,
busco lo bello donde quier se asiente,
en el bien o en el mal ... me importa poco.
La austeridad severa me es odiosa ...
Un año, a veces, doy por un segundo ...
Y por una mirada de una hermosa
doy todas las virtudes de este mundo.

Bastarían estos versos, y la lectura de este libro de los veinte años, para poder establecer los elementos de premonición de la obra posterior de Manuel Machado.

El segundo autorretrato, fechado en París, 1899, pertenece al libro *Alma* (1900) y es, sin duda, el más conocido. Bajo el título de *Adelfos* —como es bien sabido—, el poeta se describe a sí mismo, en unos serventesios de verso alejandrino, con notables faltas a la rima consonante en cuatro (es decir, la mitad) de sus estrofas. El tema fundamental es la abulia —“mi voluntad se ha muerto una noche de luna”—, explicado por su condición bética: “tengo el alma de nardo del árabe español”, que tanto irritaba a D. Miguel de Unamuno. Un rastro complementario de este libro nos llevaría a hallar elementos de “autorretrato” en poemas como el titulado *Cantares*, que prolonga la misma actitud (“No importa la vida que ya está perdida”); como *Melancolía* (“Y me acuerdo de historias tristes, sin poesía”); o como “Antífona”, que intenta la fuga de la melancolía hacia el placer.

El tercer autorretrato aparece en su libro *Caprichos* (1905); parece acercarse a una cierta serenidad, visible en sus poemas: *La buena canción* y, especialmente, en el titulado *Intermezzo*:

Cuando sea mi vida
toda clara y ligera
como un buen río que corre
alegremente a la mar ignota que espera,

lleno de sol y de canción ... Y cuando
brote en mi corazón la primavera,
serás tú, vida mía, la heroína
de mi nuevo poema ...

Cuatro años después, en *El mal poema* (1909) aparecen las dos piezas capitales de este género en la pluma de Manuel Machado: *Retrato* y *Prólogo-Epílogo*, textos que pueden complementarse con otros como los titulados *Yo, poeta decadente*, *Internacional*, *La canción del presente*, *Invierno*, etc., que hacen de este libro el mayor repertorio de autovivisección del gran poeta.

El primero de los dos poemas señalados al principio, *Retrato*, prolonga, en gran medida, los tópicos anotados en *Adelfos*, con algunos toques específicos. La noción de abulia y sensualidad se repiten (“unos ojos de hastío y una boca de sed”), así como lo de su andalucismo radical traducido a un especial dandysmo, superficial. Pero la novedad, dentro del género, la aporta Manuel Machado en el autorretrato que subsigue bajo el título de *Prólogo-Epílogo*, en el que partiendo de una astenia fisiológica —“el médico me mandó no escribir más”—, la aljaba de las flechas se vierte sobre el contorno colectivo, aflorando así un contenido que pudiéramos llamar noventayochista, que hubiera podido firmar hacia 1917 su hermano Antonio:

Es un pobre país viejo y semisalvaje,
mal de alma y de cuerpo y de facha y de traje,
lleno de un egoísmo antiartístico y pobre
—los más ricos apilan Himalayas de cobre,
y entre tanto cacique tremendo, ¡qué demonio!
no se ha visto un Mecenas, un Lúculo, un Petronio—,
no vive el arte ... O mejor dicho, el Arte,
mendigo, emigra con la música a otra parte.

Y, finalmente, con un intervalo significativo de un cuarto de siglo, aparece en *Phoenix* (1935), el último de los poemas de la serie, bajo el título de *Nuevo autorretrato*, que alcanza un cierto aire epilodal y melancólico, tal como se transparenta en estos versos:

Mi propia obra es sólo una polifonía
de gritos de mi tiempo, lentos o subitáneos,
que dio a veces el son a mis contemporáneos.
Oí la voz de todo: de la paz, de la guerra,
el silencio del campo, que la cigarra asierra ...
Y mientras escuchaba la compleja sonata,
pasó la vida a un lado como una cabalgata.

¿Qué se deduce de estos cinco momentos de autoconfesión?
Lo veremos, al final, por juego de contraste con los autorretratos
de su hermano Antonio. Pero entre tanto demos validez de altura
a uno de los estupendos comentarios que al tema ha dedicado
el poeta Gerardo Diego: "Para los que no le conocieron y
además carezcan del instinto identificador de almas y figuras
corpóreas, el poeta de "Adelfos" es eso, el poeta de "Adelfos",
su primer retrato definitivo, completo, acabado, esto es, tan perfecto
que desafía a la inmortalidad con la ondulación firmísima
de sus inmarcables alejandrinos. Pero no contento con este prodigio,
y consciente de que el cuerpo cambia y el alma también se
enriquece con reflejos y orientes de nuevas luces a medida
que la vida pasa por nosotros o nosotros pasamos por la vida,
volvió a insistir otra y otra vez en estampas, unas tan definidas
y conclusas como "Adelfos", otras más leves y de técnica más
impresionista, pero no por ello menos expresivas y penetrantes.
Toda una galería de Manueles como toda una galería de Goyas
en el múltiple espejo de D. Francisco. Tema y variaciones. Y
un único ser. El mismo que autorresucita para nosotros solos,
los que le vimos y quisimos viviendo".

* * *

El paralelismo de los autorretratos de Manuel y Antonio Machado puede estudiarse en tres períodos:

a) El que abarca los años 1899-1907, que se corresponde a los tres primeros grupos de autorretratos de Manuel, aporta los rasgos autobiográficos, incisivos pero insuficientes que aparecen en *Soledades*, *Galerías* y *otros poemas*:

XIII Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría
Yo pensaba ¡el alma mía!

- XVIII Alma que en vano quisiste ser más joven cada día
 arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía
- XXVIII Nosotros exprimimos
 la penumbra de un sueño en nuestro vaso ...
 Y algo que es tierra en nuestra sangre, siente
 la humedad del jardín como un halago.
- LIX El alma del poeta
 se orienta hacia el misterio.

Esbozos de autorretratos, suficientes para establecer un predominio de lo patético que diferencia radicalmente a Antonio de Manuel.

b) La segunda de las confrontaciones entre los autorretratos de los dos Machado aparecen en el momento en que Antonio traza su formidable *Retrato*, pieza única por su valor autobiográfico, y que se publica en *Campos de Castilla* (1917).

Ni solicitado adrede podría hallarse un juego de contrastes más característico, como enfrentamiento de las actitudes del Modernismo y del Noventa y Ocho. La operación tiene, pues, un carácter didáctico y consiste en enfrentar los tres textos de Manuel (*Adelfos*, *Retrato*, *Prólogo-Epílogo*) aparecidos en 1900 y 1909 con el que Antonio titula, también, *Retrato*, de fecha, como acabamos de decir, muy posterior (1917).

Adelantaré lo esencial de mi tesis: el texto del menor de los Machado es, con mayor o menor conciencia de ello, una réplica conjunta a los textos de su hermano Manuel. Agruparemos por bloques temáticos el tema:

1. *La actitud ética*. Enfrentamiento de dos actitudes: amoralismo en Manuel:

alegre, y ni moral ni inmoral, a mi modo

con el sentido predominante de conducta recta en Antonio

soy, en buen sentido de la palabra, bueno.

Quien habla solo espera hablar a Dios un día.

2. *Confrontación de la conducta individual con la del prójimo*.
 Compárese

Manuel Machado:

Besos, ¡pero no darlos! Gloria
la que me deben.
Nada os pido ...

Antonio Machado:

Y al cabo nada os debo; debeisme cuanto he escrito
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago.

3. *Actitudes antitéticas frente a la mujer.* Por ejemplo

Manuel Machado:

La mujer —ideal y animal— lo que obliga
gata y ángel, a ser feroz y tierno, a ser
eso tremendo y frívolo que quiere la mujer.

Antonio Machado:

Y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

4. *Diferenciación en el atuendo.*

Manuel Machado:

Mi elegancia es buscada, rebuscada.

Antonio Machado:

Ya conocéis mi torpe aliño indumentario.

5. *Abulia contra energía vital.*

Manuel Machado:

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna.

Antonio Machado:

Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera.

6. *Estética del adorno.*

Manuel Machado:

Antonio Machado:

mas no amo los afeites de la actual cosmética
ni soy un ave de esas del nuevo gay trinar.

El evidente paralelismo de los textos confrontados nos sirve de alguna manera para establecer la relación fraterna que existe entre las poéticas de los dos hermanos que podría reiterarse con la parcela dramática producida por la entrañable colaboración entre uno y otro.

Un análisis complementario de este tema nos llevaría, finalmente, a estudiar los autorretratos fingidos de las criaturas irrealles de Antonio Machado: Juan de Mairena y, muy especialmente, Abel Martín. Pero esto nos llevaría a otra perspectiva y a un planteamiento crítico distinto.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA.